

LA POLÍTICA EXTERNA DEL GOBIERNO DE TEMER Y AMÉRICA LATINA¹

The Temer government's foreign policy and Latin America

Fabio de Oliveira Maldonado

Internacionalista e mestrando no Programa de Pós-Graduação em Integração da América Latina da Universidade de São Paulo, PROLAM/USP.

Pedro Fassoni Arruda

Cientista político e professor do Departamento de Política da Pontifícia Universidade Católica de São Paulo, PUC/SP.

¹ Traducción por Pedro Costa

RESUMEN

Este artículo pretende entender las nuevas directrices de la política exterior brasileña, especialmente para América Latina, a partir del golpe cívico-parlamentario que llevó a Michel Temer a la presidencia de la República y allanó el camino para la asunción de José Serra en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Trataremos de identificar a los actores involucrados e indicar que intereses representan, a la luz de la teoría marxista de la dependencia. Nuestro objetivo es demostrar como el nuevo bloque de poder actúa en combinación con los intereses del capital financiero internacional y con la porción aliada de la burguesía brasileña, quienes buscan alinear la política económica a los intereses de las grandes potencias imperialistas.

Palabras clave: Mercosur; Imperialismo; Dependencia; Relaciones Internacionales.

SUMMARY

This article intends to understand the new guidelines of Brazilian foreign policy, especially for Latin America, from the civic-parliamentary coup that brought Michel Temer to the presidency of the Republic and paved the way for the assumption of José Serra in the Ministry of External relationships. We will try to identify the actors involved and indicate which interests they represent, in the light of the Marxist theory of dependency. Our aim is to demonstrate how the new power bloc works in combination with the interests of international financial capital and with the allied portion of the Brazilian bourgeoisie, who seek to align economic policy with the interests of the great imperialist powers.

Key words: Mercosur; Imperialism; Dependence; International relationships.

Introducción

“La diplomacia volverá a reflejar de modo transparente e inflexible los valores legítimos de la sociedad brasileña y los intereses de su economía, al servicio de Brasil como un todo y no según las conveniencias y preferencias ideológicas de un partido político y sus aliados en el exterior. Nuestra política externa estará regida por los valores del Estado y de la nación, no del gobierno y nunca de un partido. Esta nueva política no romperá con las buenas tradiciones de Itamaraty y de la diplomacia brasileña, al contrario, las implementará de un modo mejor. Medidas que, en otros momentos, pudieron servir al interés nacional, quiero expresar, puede que ya no sean compatibles con las nuevas realidades del país y con las profundas transformaciones en curso en el escenario internacional” (José Serra, Discurso de toma de posesión en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Brasil).

El discurso inaugural del ministro de Relaciones Exteriores revela la voluntad de alterar profundamente los alineamientos diplomáticos efectuados durante los gobiernos de Lula da Silva (2003-2010) y Dilma Rousseff (2011-2016). La política externa iniciada en el primer gobierno Lula, conocida como “activa y altiva”, intentó reforzar el eje Sur-Sur (fortalecimiento de las relaciones comerciales y de cooperación con los países de América Latina, África y Asia) al mismo tiempo que buscaba consolidar una postura más independiente ante los países del Norte (sobretudo EE.UU y la Unión Europea). En efecto, y principalmente durante los gobiernos de Lula, Brasil conquistó reconocimiento y protagonismo junto a la denominada “comunidad internacional”, y -justamente por respetar los principios definidos en la Constitución Federal en lo referente a la política exterior- modificó positivamente la imagen del país. Sin embargo, el cambio de gobierno, con el impeachment de la presidenta Dilma y la asunción de Michel Temer, tuvo como una de sus principales consecuencias la reinstalación de una postura servil frente a las potencias imperialistas, además de un distanciamiento del conjunto de los países dependientes; denominados, eufemísticamente, como “emergentes”.

El contexto de los cambios

El viraje en la política exterior brasileña (PEB) solo puede ser comprendido a la luz de los cambios en la correlación de fuerzas internas. El segundo gobierno Dilma, efímero e inestable, enfrentó una fuerte oposición dentro y fuera del Congreso nacional, con la pérdida de su base de sustentación parlamentaria y el crecimiento de las manifestaciones opositoras que exigían su impeachment. Esos movimientos exteriorizaron el descontento de distintas parcelas de la burguesía, de la pequeña burguesía y de la parte más conservadora de las clases medias urbanas; quienes caminaban detrás de la

cobertura de los medios oligopólicos y de las investigaciones de la Task-Force de la “Operación Lava Jato”.

Algunos episodios fueron decisivos para el desenlace de esa lucha entre gobierno y oposición, que culminó con la destitución de la presidenta Dilma sin que mediara un crimen de responsabilidad:

1. La elección de 2014: en esta elección, la oposición conservadora al gobierno federal tuvo un fuerte crecimiento, a pesar de sufrir una derrota en la disputa por la presidencia de la República. El candidato del campo conservador, el tucano Aécio Neves, fue derrotado por un pequeño margen de votos en la segunda vuelta (cuando recibió el 48,36% de los votos válidos), pero contó con la ayuda de la derecha para poner en duda la legitimidad de la votación, pese a la ausencia de irregularidades. No obstante, el resultado más significativo para el campo conservador pudo observarse en la elección para el Congreso Nacional: el Partido de los Trabajadores (PT) y otros partidos de izquierda perdieron escaños tanto en la Cámara de Diputados como en el Senado Federal, mientras que los partidos del centro a la derecha del espectro político se fortalecieron. Aparte del crecimiento del PSDB y del DEM, hubo un avance de la bancadas más conservadoras y/o reaccionarias; como, por ejemplo, la “BBB”, que representa los intereses del boi (agronegocio), de la bala (diputados vinculados a la Policía Militar, escuadrones de la muerte, milicias privadas, defensores de la dictadura militar y adversarios de los grupos defensores de los derechos humanos) y de la Biblia (neo-pentecostales que componen la llamada “bancada evangélica”). Esta modificación en la correlación de fuerzas en el Congreso Nacional continuó aún después de la asunción de los parlamentarios electos, con un número cada vez mayor de antiguos aliados que anunciaron la ruptura con el gobierno del PT y, a medida que la crisis política se profundizaba, adhirieron a la propuesta del impeachment.

2. La crisis económica: el segundo mandato de Dilma nació bajo el influjo de la crisis económica. La contracción del Producto Bruto Interno (PBI), el aumento de la desocupación y la caída del ingreso promedio mensual de los trabajadores contribuyeron al descenso de la popularidad de la presidenta Dilma (que ya había disminuido en el final del primer mandato y se profundizaría al comienzo del segundo), inclusive entre los sectores más empobrecidos de la sociedad brasileña. En los meses de febrero, marzo y abril del 2016 la tasa de desocupación rondaba, según el IBGE, el 11,2%: totalizando casi once millones y medio de personas (un año antes, la misma tasa era del 8%). El ingreso promedio de los trabajadores también disminuyó: cerca de 3,3% entre comienzos del 2015 e inicios del 2016. Pero la noticia más preocupante -para la burguesía brasileña- fue la caída del PBI: de acuerdo con el mismo IBGE, en el 2015 hubo una disminución del PBI del 3,8% (o 4,6% per capita: el peor resultado en 25 años), y las nuevas proyecciones para el 2016 indicaban un nuevo caída de la actividad económica. Es importante tener en cuenta que estos resultados se deben a una conjugación de factores, que van desde el deterioro de los términos de intercambio (asociado con el fin del boom de las commodities, que impulsó el crecimiento

económico en los gobiernos de Lula), pasando por la obstrucción a las medidas presentadas por el gobierno en el Congreso (en realidad un verdadero sabotaje) y el propio ajuste fiscal realizado por el gobierno Dilma a mediados del 2015, bajo la batuta del ministro de Hacienda: el ultraliberal y ortodoxo Joaquim Levy.

3. Las manifestaciones pro-impeachment: derrotada en las urnas, la oposición conservadora no aceptó el resultado e intentó, desde las primeras semanas, impugnar la victoria de Dilma Rousseff en la Justicia Electoral. Como no se encontraron irregularidades en la campaña de la lista ganadora, líderes del PSDB y del DEM, actuando en conjunto con movimientos recién creados, convocaron a diversas manifestaciones callejeras contra el gobierno Dilma. Entonando consignas genéricas, como la del combate a la corrupción, la defensa del orden y de los “valores tradicionales” -rescatando, de esta manera, los lemas de la conspiración golpista de 1964-, pasaron a exigir el impeachment, incluso sin algún fundamento jurídico. Como intentaremos demostrar más adelante, este núcleo golpista criticaba también la política exterior del gobierno petista: algunos llegaron a acusar al gobierno, de modo paranoico y delirante, de estar involucrado en una conspiración comunista internacional. Expresiones como “bolivariano”, “bolcheviquismo” y “populismo” eran utilizadas para definir, sin ningún fundamento en la realidad, la relación con gobiernos latinoamericanos de izquierda y la participación del PT en el Foro de San Pablo. Parlamentarios de partidos opositores (PSDB, DEM, PP y otros) se unían a los manifestantes en las calles, cuestionando los vínculos del gobierno con los presidentes Nicolás Maduro (Venezuela), Evo Morales (Bolivia), Raúl Castro (Cuba) y Cristina Kirchner (Argentina).

4. La articulación mediática: prácticamente todos los oligopolios mediáticos se opusieron a los gobiernos del PT y a su política exterior, asumiendo, incluso, la defensa del impeachment. Por otra parte, los tres diarios de mayor circulación nacional publicaron editoriales criticando abiertamente la política exterior de los gobiernos petistas y defendiendo el giro ejecutado por Michel Temer y José Serra:

a. El diario O Globo publicó un editorial, durante el interinato de Michel Temer, con duras críticas a la PEB “lulopetista”: afirmaba que esta era una “ideología tercermundista de la década del 70”, que había transformado al Mercosur en un “bunker antiglobalización” y provocado grandes pérdidas económicas. De acuerdo con los editores del diario, José Serra estaría actuando correctamente al distanciarse de los “gobiernos bolivarianos” de América Latina y, al mismo tiempo, aproximándose a los “grandes mercados del Norte” y a los “gobiernos más esclarecidos” de la Alianza del Pacífico. Según esta publicación, José Serra hizo lo correcto al criticar a los gobiernos de izquierda de América Latina, que estarían participando de una “campaña difamatoria” en el exterior para calificar como “golpe” al derrocamiento de Dilma Rousseff.

b. El diario Folha de S. Paulo publicó un editorial en el mismo tono: allí pronunció que el cambio en la política externa era “bienvenido”, después de la “auténtica devastación”

que Dilma Rousseff habría promovido en la economía. Montando un discurso panfletario desde sus páginas, los editores llegaron a afirmar que las administraciones petistas adoptaron “una tolerancia próxima al servilismo ante autocracias como las de Irán, Cuba y Venezuela”. Tales comentarios no tienen ninguna conexión con la verdad factual, y desconocen por completo el significado de una política exterior independiente y de no alineamiento automático a los intereses de Washington. Pero la acusación de servilismo del PT hacia otros países ocultaba, en realidad, el verdadero servilismo de este periódico en relación a los intereses del gobierno de derecha recién proclamado: en este editorial se afirmó que José Serra estaba promoviendo la restauración de los “mejores valores de Itamaraty”, sin la “distorsión antioccidental” que habría caracterizado los 13 años de gobiernos del PT. Por lo demás, el editorial defiende exactamente las mismas propuestas de José Serra: flexibilizar el Mercosur, priorizar los acuerdos bilaterales de comercio y retomar los principios que orientaron la PEB de los gobiernos de Fernando Henrique Cardoso (como veremos adelante);

c. El diario O Estado de São Paulo también publicó un editorial sobre la política exterior de Temer-Serra. Coincidiendo con los otros dos grandes diarios de circulación nacional, celebró el fin de la “injerencia lulopetista” en Itamaraty y el abandono de la opción preferencial por la “izquierda tercermundista latinoamericana”, denominada de esta forma fuertemente peyorativa. El editorial clasifica a la política exterior de los gobiernos petistas de “megalómana”, simplemente por el hecho de haber fortalecido relaciones con otros países del Sur y haber autorizado la apertura de nuevas embajadas “de forma indiscriminada” por todo el mundo. Este escrito reforzó, también, todos los argumentos esgrimidos por José Serra en su intento de descalificar todo lo actuado por Itamaraty hasta aquél momento. En la práctica, actuó como un verdadero portavoz de los intereses del gobierno: “Se espera que, a pesar de las dificultades, Itamaraty tenga las condiciones objetivas para recuperar su excelencia y, como prometió Serra, ejercer plenamente su capacidad de acción, tan necesaria para el país”. En síntesis, los editoriales de los tres grandes diarios apenas comprueban lo que Marx y Engels ya decían en La ideología alemana, escrito a mediados del siglo XIX: que la ideología dominante en una sociedad es la ideología de la clase dominante (luego retornaremos a la cuestión de la ideología).

5. La pérdida de apoyo de la burguesía: en diciembre del 2015, la Fiesp (Federación de Industrias del Estado de San Pablo) divulgó un documento declarando su apoyo al impeachment de la presidenta Dilma. La noticia fue divulgada de la siguiente manera por un diario, también implicado en la trama golpista: “Esta posición oficial fue tomada debido a la situación que hemos llegado”, dijo el empresario Paulo Skaf, presidente de la entidad. Entre los motivos incluyó: el ajuste fiscal “que fue anunciado a lo largo del año, pero que no fue aplicado”, la “perspectiva de un desbordamiento del presupuesto el año próximo”, y la “total falta de credibilidad del gobierno”. Como puede advertirse fácilmente, ninguno de estos argumentos se enmarca dentro de las hipótesis previstas en el artículo 85 de la Constitución Federal (que trata sobre los crímenes de responsabilidad del presidente de la República); lo que refuerza la teoría de que se

estaba en presencia de un juicio meramente político y, por lo tanto, de un aval a un golpe camuflado. Es importante observar que la Fiesp también respaldó el golpe de 1964, que tiene un historial de subordinación respecto al imperialismo estadounidense y siempre ejerció una fuerte presión sobre la política externa de los gobiernos brasileños (en los últimos años, criticó el ingreso de Venezuela como miembro pleno del Mercosur e hizo duras críticas a los gobiernos de izquierda de América Latina). Otras entidades patronales, como la Asociación Comercial de San Pablo y la Confederación Nacional de Industrias, también pasaron a defender el impeachment (la CNI, de manera más tímida y sin convocar directamente a la población a las manifestaciones)

6. El fin de la alianza con el PMDB: en octubre de 2015, el PMDB dio el primer paso hacia la ruptura definitiva con el Partido de los Trabajadores: la divulgación de un documento, titulado “Uma ponte para o futuro”, que contenía una serie de propuestas diametralmente opuestas a las del gobierno Dilma. El partido del entonces vicepresidente Michel Temer criticaba la “desastrosa situación” que atravesaba el país y citaba los errores de la administración: como si los miembros del PMDB no tuvieran ninguna responsabilidad sobre las decisiones y resultados del gobierno del cual era ocasionalmente aliado (contando, incluso, con una generosa distribución de importantes ministerios, secretarías y puestos de dirección en empresas estatales). Las propuestas del documento “Uma ponte para o futuro” estaban totalmente alineadas a las directrices del Consenso de Washington: defensa de un Estado mínimo, ajuste fiscal “duro”, privatización de empresas, fortalecimiento de la economía de mercado, reducción de las inversiones en el área social (y eliminación de los gastos obligatorios en salud y educación), reforma de la previsión social, desregulación del mercado de trabajo, etc. En el campo de las relaciones exteriores, el documento del PMDB hacía un elogio de la globalización y de las virtudes del libre comercio, al mismo tiempo que manifestaba poco interés por el Mercosur y consideraba como “áreas económicamente relevantes” solo a los EE.UU, la Unión europea y Asia.

Estos seis capítulos no agotan el análisis de los factores que llevaron a la destitución de Dilma. Fueron presentados de este modo, sintética y esquemáticamente, con el fin de recuperar el contexto donde se dieron estos cambios: la alteración de la correlación de fuerzas que nos permite comprender la “dialéctica de lo interno y de lo externo”; o sea, como determinadas clases y fracciones de clase se someten de forma deliberada a los intereses imperialistas -abandonando incluso cualquier perspectiva de desarrollo capitalista nacional- y como estas pueden ser consideradas la expresión interna de la dependencia estructural. El golpe en Brasil, como percibió Moniz Bandeira, solo puede comprenderse correctamente si es analizado en el contexto internacional. De acuerdo con este autor, es en este contexto “que los Estados Unidos tratan de recomponer su hegemonía en América del Sur, al punto de establecer acuerdos con el presidente Mauricio Macri para la instalación de dos bases militares en regiones estratégicas de la Argentina”; por consiguiente, el “proceso de impeachment de la presidenta Dilma Rousseff no se trató, entonces, de un hecho aislado, por motivos domésticos, o internos,

de Brasil”. Analicemos más detalladamente esta ofensiva estadounidense sobre América del Sur.

La gestión de José Serra en el Ministerio de Relaciones Exteriores

El Senado Federal autorizó la apertura del proceso de impeachment contra Dilma Rousseff en las primeras horas de la mañana del 12 de mayo del 2016, después de una larga sesión que había comenzado el día anterior y que se prolongó durante 20 horas. Con esta resolución, la presidente fue destituida para aguardar su juzgamiento definitivo en el Senado. El vicepresidente Michel Temer fue inmediatamente notificado de la decisión y, pocas horas después, asumió interinamente la presidencia de la República, anunciando, al mismo tiempo, su nuevo gabinete. En la cartera de relaciones Exteriores (que incluye el comercio exterior) fue nombrado el senador José Serra, el mismo candidato del PSDB que fue derrotado en las elecciones del 2003 y del 2010. Serra asumió su cargo el día 18 de mayo, realizando un discurso que no dejaba dudas en cuanto a su voluntad de producir un giro de 180 grados en la política exterior brasileña. El discurso de posesión, titulado “Delineamiento da Nova Política Externa Brasileira”, anunciaba las diez directrices que serían adoptadas.

Todas estas directrices contenían, implícita o explícitamente, críticas a la PEB de los gobiernos petistas. Una de esas críticas se refería a la prioridad que los gobiernos Lula y Dilma habían dado a los acuerdos multilaterales, en detrimento de los acuerdos bilaterales: para José Serra, los acuerdos multilaterales -que son establecidos en el ámbito de la OMC- son difíciles y lentos, porque exigen diversas ruedas de negociación. De ahí resultarían, de acuerdo con el nuevo ministro, una parálisis en la toma de decisiones, enormes perjuicios económicos y pérdida de oportunidades para el país. Sin embargo, el argumento del nuevo ministro puede ser fácilmente desmentido con solo realizar una comparación del comercio exterior brasileño antes y después del 2003, cuando la integración de Brasil al mercado mundial comenzó a crecer con mucho más rapidez.

José Serra anunció que el nuevo gobierno iniciaría un “acelerado proceso de negociaciones comerciales, con el objetivo de abrir mercados para nuestras exportaciones y crear empleos para nuestros trabajadores”. Como Brasil retornaría al modelo adoptado por el gobierno FHC (1995-2002), que siempre buscó un mayor grado de integración con los Estados Unidos y la Unión Europea, el discurso del ministro olvidó identificar -deliberadamente- que tipo de inserción tendría Brasil en el comercio internacional. En un contexto de deterioro en los términos de intercambio y sin una política industrial, la “sociedad” con países con un desarrollo superior de sus fuerzas productivas solo puede provocar la profundización de la dependencia externa y el servilismo frente a los agentes del imperialismo. Así mismo, es muy contradictoria la defensa del empleo en la industria brasileña, justamente por pertenecer a un gobierno que pretende desregular completamente el mercado de trabajo y destruir las conquistas

que la clase trabajadora obtuvo a lo largo de un siglo de luchas. Para alcanzar sus objetivos, el nuevo gobierno (ilegitimo y golpista) incentivaría todavía más la precarización del mercado de trabajo en el país.

Otra directriz anunciada por el ministro Serra es la “renovación del Mercosur”, que incluye el establecimiento de una alianza con la Argentina del presidente Mauricio Macri. En palabras del nuevo ministro: “Uno de los principales focos de nuestra acción diplomática a corto plazo será la sociedad con la Argentina, con la cual pasamos a compartir similares referencias para la organización de la política y de la economía”. El ministro no dejó ninguna duda sobre los motivos de la elección de esta alianza: las afinidades políticas e ideológicas con el nuevo gobierno argentino de centroderecha, que derrotó al kirchnerismo en la última elección presidencial. Curiosamente, la declaración del ministro entra en flagrante contradicción con sus reiteradas declaraciones sobre como la nueva PEB no se subordinaría a cuestiones de naturaleza ideológica, en las ocasiones en que intentó descalificar la conducta de sus antecesores en el ministerio (sobretudo el fortalecimiento de las relaciones diplomáticas y comerciales con “los gobiernos populistas y bolivarianos”, sin hablar de los BRICS y de la Unasur). Efectivamente, es como mínimo contradictorio criticar la aproximación que los gobiernos anteriores hicieron con un grupo de países, alegando motivaciones ideológicas, y hacer lo mismo cuando se trata de un gobierno neoliberal e igualmente dócil a los intereses imperialistas. Sin citar a Venezuela, Cuba o Bolivia, el canciller brasileño propuso también una aproximación con los países de la Alianza para el Pacífico (Chile, Perú, Colombia y México) y llegó al colmo de comparar los acuerdos anteriores con “una especie de Tratado de Tordesillas” (adoptando un tono de ironía y burla incompatible con la posición de un canciller).

La contradicción entre el discurso y la práctica puede advertirse en la relación que se pretende establecer con otros países; como, por ejemplo, China. José Serra afirmó que “será prioritaria la relación con nuevos socios en Asia; en particular China -este gran fenómeno económico del siglo XXI- y la India”. El mismo ministro que intentó de todas las maneras, y consiguió -con el apoyo de los gobiernos de Paraguay y Argentina- que Venezuela no asuma la presidencia del Mercosur -invocando la “clausula democrática” del bloque por supuestas violaciones a los derechos humanos-, simplemente ignora este problema cuando el tema es China (un país que no puede, bajo ningún punto de vista, ser considerado una democracia liberal de tipo burgués). En definitiva, es utilizado un doble rasero cuando se trata de fijar una posición que no tiene relación alguna con los intereses de la clase trabajadora brasileña sino con la clase burguesa dependiente y asociada. Como observó el periodista Leonardo Sakamoto, José Serra está queriendo jugar para la tribuna: no estudia los problemas de su cartera ni está preocupado con la diplomacia, sus polémicas declaraciones solo sirven como una vidriera para su proyecto de volver a disputar la presidencia de la República y atraer votos junto al campo conservador. En lo tocante a las relaciones con África, el ministro dejó claro que no está preocupado con la cultura o con los lazos del pasado; sino más bien con “un efectivo intercambio económico, tecnológico y de inversiones”. Y utilizó a África para criticar

nuevamente la política exterior de los gobiernos petistas, que fue censurada por sus “finalidades publicitarias”, falta de pragmatismo y “escasos beneficios económicos”.

Podemos citar otros episodios o declaraciones del nuevo ministro de relaciones exteriores que refuerzan la tesis de que su gestión representa un nítido retroceso respecto de los gobiernos anteriores, un servilismo delante de las potencias imperialistas y un fortalecimiento de la dependencia económica de Brasil:

a. La propuesta de “flexibilizar” el Mercosur y cerrar acuerdos bilaterales con la Unión Europea. En la práctica, esto equivale a sabotear un bloque al que se pertenece para valorar a otro en que tendría escasas posibilidades de obtener ventajas. Para los sectores nacionalistas, es evidente que el poder de negociación ante la Unión Europea es mayor con el Mercosur a su lado que en negociaciones aisladas. Y además del Mercosur, el gobierno podría contar también con el fortalecimiento de las relaciones con los BRICS y la Unasur, para contrarrestar la ofensiva del G-7;

b. El consorcio PMDB/PSDB defiende el retorno a una concepción que fue formulada en contextos históricos y geopolíticos completamente diferentes: el final de los años 80, con el “Consenso de Washington”, que a su vez retomaba algunos elementos de la política externa post-1964. La nueva PEB ignora los desplazamientos en los centros de poder, la emergencia de nuevos players globales y las profundas alteraciones que se registraron en el sistema capitalista en las últimas dos décadas. El nuevo ministro ignora también la tendencia a un fortalecimiento del proteccionismo en los EE.UU (a verificarse con el nuevo gobierno de Donald Trump) y en la Unión Europea, sobretodo después de la gran crisis del 2008;

c. La función de Aloysio Nunes Ferreira (senador del PSDB) en la presidencia de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado. Nunes Ferreira es un feroz crítico del gobierno de Nicolás Maduro y fue uno de los políticos que más se empeñó por impedir que Venezuela asumiera la presidencia del Mercosur. Actuando en complicidad con Nunes Ferreira en el Senado Federal, está el senador Aécio Neves (también del PSDB y candidato derrotado por Dilma en la última elección presidencial), un férreo crítico del gobierno venezolano y portavoz de los intereses del gran capital rentista y especulativo.

Breves notas sobre la Teoría Marxista de la Dependencia

La Teoría Marxista de la Dependencia (TMD), como resultado del dialogo con las teorías del imperialismo (especialmente de Lenin y Rosa Luxemburgo) parte de la perspectiva de la dependencia como complemento al imperialismo, en una reflexión totalizante del sistema capitalista mundial. En este sentido, para Theotônio dos Santos,

El estudio del desarrollo del capitalismo en los centros hegemónicos dio origen a las teorías del colonialismo y del imperialismo. El estudio del desarrollo en nuestros países debe dar origen a la teoría de la dependencia. Por lo tanto, debemos considerar a los enfoques de los autores de la teoría del imperialismo como limitados. Ni los principales

elaboradores marxistas de la teoría del imperialismo -Lenin, Bukarin, Rosa Luxemburgo-, ni los pocos autores no marxistas que se ocuparon del tema -como Hobson- prestaron atención al tema del imperialismo desde el punto de vista de los países dependientes. A pesar de que la dependencia debe ser situada en el marco global de la teoría del imperialismo, tiene una realidad propia que constituye una legalidad específica dentro del proceso global, sobre el que actúa de esta manera específica. Entender la dependencia, conceptuándola y estudiando sus mecanismos y legalidad histórica, significa no solo ampliar la teoría del imperialismo, sino también contribuir a su mejora y reformulación (DOS SANTOS, 1975, p. 301-302).

Reflexionar sobre la dependencia implica entender la consecuencia de la acción del imperialismo en los países periféricos o, de modo más amplio, la consecuencia del desarrollo del sistema capitalista en estos países. De esta manera, desarrollo y subdesarrollo pasan a ser estudiados de forma integrada, de modo que -de acuerdo con Marini- la “historia del subdesarrollo latinoamericano es la historia del desarrollo del sistema capitalista mundial” (2012 [1969], p. 47).

La caracterización de la dependencia puede ser comprendida, aunque en una primera aproximación, como la relación de subordinación e coerción entre países formalmente independientes, donde las relaciones que los países sometidos mantienen con los países que se imponen solo pueden garantizar su dependencia. El capitalismo tal cual se presenta en América Latina, al igual que el capitalismo global, es percibido a través de un análisis integrado, donde países subdesarrollados y desarrollados son comprendidos dentro de un mismo período histórico y un mismo proceso de acumulación de capital, en el que -de un modo u otro- ambos se determinan.

Este razonamiento evita un abordaje que concibe la dependencia como un conjunto de obstáculos meramente externos, según observó Anibal Quijano:

De este modo, en la generalidad de los estudios sobre los problemas del subdesarrollo latinoamericano, la dependencia suele aparecer como un conjunto de ‘factores externos’, o de ‘obstáculos externos’. Esta opinión supone que esa relación se establece entre sociedades con un poder económico desigual, pero, en el fondo, autónomas; es decir, como un conjunto de obstáculos que determinadas sociedades oponen desde fuera a otras más débiles y que, por esto mismo, no son capaces de vencer estas dificultades. [...]. Por otra parte, esta concepción de la dependencia presupone, también, que se tratan de acciones unilaterales que sociedades de mayor poder ejercen contra otras de menor poder. [...]. Sin embargo, considerar la dependencia como un conjunto de factores ‘externos’ que obstruyen el desarrollo de una sociedad, o como un conjunto de acciones de las sociedades poderosas en contra de las débiles, es apenas una parte de la realidad (QUIJANO, 2014 [1968], p. 77).

En consecuencia, la dependencia debe ser captada en su doble aspecto o, según Florestan Fernandes (2014), en su doble articulación. Es decir, la dependencia como una situación de condicionamiento externo y como una estructura nacional que internaliza y

reproduce la propia dependencia de acuerdo con su dinámica interna, aunque dentro de los límites impuestos desde el exterior.

Para Theotônio dos Santos, la dependencia, en cuanto aspecto externo, es “una situación en la cual la economía de ciertos países es condicionada por el desarrollo y expansión de otra economía a la cual está subordinada” (2011 [1970], p. 5). De donde resulta que, una “situación condicionante determina los límites y posibilidades de acción y comportamiento de los hombres”, es decir, “establece los límites posibles de desarrollo de estos países y de sus formas” (1975, p. 306).

En el ámbito de la articulación interna, “la dependencia condiciona una cierta estructura interna que la redefine, en función de las posibilidades estructurales de las diferentes economías nacionales”, de suerte que estas economías nacionales “delimitan cuales son sus posibilidades de expansión, o mejor, las redefinen al nivel de su funcionamiento concreto” (DOS SANTOS, 1975, p. 307). En palabras de Vânia Bambirra:

No existe un condicionamiento absoluto -como una interpretación mecanicista podría deducir-, sino un condicionamiento de los parámetros dentro de los cuales actúan una serie de contradicciones cuyas interacciones, choques y luchas dan las alternativas o posibilidades históricas de acción y funcionamiento a los sectores y clases sociales que se forman dentro de estos parámetros generales, en los que las opciones de política económica y social se tornan posibles. (BAMBIRRA, 2012, p. 40-41)

En esta línea, es la doble articulación, como característica central de la dependencia, que “[...] engendra una forma típica de dominación burguesa, adaptada -estructural, funcional e históricamente- tanto a las condiciones y a los efectos del desarrollo desigual interno como a las condiciones y a los efectos de la dominación imperialista externa” (FERNANDES, 2014, p. 349). En otras palabras, es de la síntesis de la articulación -muchas veces tensa, con choques y luchas, según observa Vânia Bambirra- entre la situación de dependencia y la estructura dependiente, entre el ámbito externo y el ámbito interno, que se configura la dominación burguesa como un tercer elemento explicativo para la comprensión de la dependencia; por lo cual, “la articulación necesaria entre los intereses dominantes en los centros hegemónicos y los intereses dominantes en las sociedades dependientes” (DOS SANTOS, 1975, p. 308-309). Como resultado, se forjan diversas modalidades de compromisos, de combinaciones, de articulaciones o aún mismo de acomodaciones entre los “intereses capitalistas ‘nacionales’ y ‘extranjeros’, convergentes y divergentes, más o menos conservadores y más o menos liberales, eventualmente compartidos por la ‘gran’, ‘media’ y ‘pequeña’ burguesías [...]” (FERNANDES, 2014, p. 354-355).

La contradicción entre el ámbito externo y el ámbito interno, entre la situación condicionante y la estructura que se define y redefine internamente -y todo tipo de consecuencias que se desencadenan de ahí en adelante- fue debidamente aprehendida, en su aspecto dialéctico, por Ruy Mauro Marini (1982 [1973]). Así, la situación condicionante de la dependencia fue explicada partiendo: 1) de la categoría de

intercambio desigual, que analiza la transferencia de valor desde los países dependientes hacia los países imperialistas (expropiación/apropiación), factor que determina la inserción subordinada de los primeros -en lo referente al comercio internacional- en función de los segundos; y 2) la superexplotación del trabajo, categoría que expresa una superexplotación sistematizada del trabajo. A su vez, la superexplotación del trabajo es el resultado del condicionamiento externo, al mismo tiempo en que repone -en sus propios términos- la estructura interna en su dinámica propia.

La cuestión de la ideología en el debate político-económico

Si nos detenemos en el periodo reciente, la política exterior de los últimos 13 años siempre fue denunciada por el PSDB y la extrema derecha como "ideológica". Recientemente, el Ministro de Relaciones Exteriores interino, José Serra (PSDB), dio una entrevista en este sentido acusando al gobierno anterior de "partidizar" e "ideologizar" la política externa. Sin embargo, antes cabría hacer una pregunta: ¿qué es la ideología?

Diversos autores a lo largo de la historia, de las más variadas corrientes de pensamiento, calificaron y debatieron el concepto. No hay espacio aquí para repasar cada significado que le fue dado a esta palabra, pero sería importante comprender el sentido que le confieren estos sectores de la derecha.

En realidad, estos grupos retoman la táctica de Napoleón Bonaparte que, de forma inédita, le atribuyó al concepto de ideología una carga exclusivamente peyorativa (negativa), como forma de preservar sus intereses -y de los sectores sociales que representaba- pero que eran presentados como los intereses "reales" de la propia Francia y de su pueblo. Napoleón acusaba a Destutt de Tracy -creador del término ideología, que entonces era calificada como una ciencia de las ideas, un estudio científico de la estructura de las ideas humanas-, y a otros profesores de su entorno, de ser ideólogos opositores a su gobierno, prohibiendo la disciplina de Ciencia (Moral) y Política en el Institut de France.

En un famoso discurso, luego de la derrota francesa en Rusia, Napoleón acusó a estos "ideólogos":

Es a la doctrina de los ideólogos -a esta metafísica difusa que artificialmente intenta encontrar las causas primeras y sobre esta base erigir la legislación de los pueblos; en vez de adaptar las leyes al conocimiento del corazón humano y de las lecciones de la historia- que se debe atribuir todos los infortunios que se abatieron sobre nuestra amada Francia (EAGLETON, Terry, 2009, p. 69).

Ciertamente, Napoleón aportaría un componente en particular del que se iría a apropiarse el mismo Marx: la carga negativa. Esto es, la ideología no aprehende la realidad concreta en su totalidad, universaliza algo que es solo una particularidad: mistifica, deforma, aún más, naturaliza formaciones socialmente producidas. No obstante, el autor

alemán también entendía que la ideología era fruto de la propia realidad y de su dinámica histórica: encontrando también el polo positivo del concepto. Por su parte, Napoleón, al definir el concepto tal cual fue descripto, distinguía en ello unas consecuencias reales muy graves; en su caso -y en su tiempo y espacio-, estas consecuencias serían "todos los infortunios que se abatieron sobre nuestra amada Francia".

Como se puede ver, este es el mecanismo utilizado cuando se apela al discurso de la Política Exterior partidizada o ideológica. En este caso, habría una conducta ideológica por parte del Partido de los Trabajadores en su política externa, que confrontaría con los "reales intereses del pueblo brasileño", que estarían obviamente representados por la política externa de sus críticos -oriundos del gobierno Fernando Henrique Cardoso (PSDB)-, y personificados, ahora, por el canciller José Serra (PSDB).

Está claro que "los reales intereses del pueblo brasileño" son algo subjetivo, existen distintas formas de entenderlos e, incluso, subsiste una contradicción fundamental de estos intereses en la estructura social brasileña; pero esto es escamoteado por los oportunistas de turno, que buscan asociar su proyecto de política exterior -de profundización de la dependencia y de subordinación a los grandes centros dinámicos de la actual etapa del capitalismo- a los intereses generales. Por otro lado, es verdad que se cometieron varios errores y que determinados intereses no fueron representados en la política exterior anterior; pero cuando los críticos hablan de política externa ideológica tampoco queda esclarecido qué intereses no fueron representados y cuál sería el interés superior del "pueblo brasileño". El hecho es que, en medio de la crisis económica y política (con tendencia a convertirse en crisis social), esta crítica logra una mayor penetración en la sociedad: "la culpa es [...]": "de los inmigrantes", "de la aproximación con países dictatoriales, izquierdistas", "de la farra de dinero gastado para financiar esas dictaduras comunistas", etc.

Conclusión

Aunque forzosamente pasada de moda, la dependencia persiste -a regañadientes- como realidad en América Latina. El conocimiento de la doble articulación, de la dinámica de lo externo y de lo interno, tiene la capacidad de elucidar -en el pensamiento- el movimiento real de los países dependientes, como es el caso de Brasil, que fue aquí analizado. En síntesis, lo que se procuró deducir en este artículo fue, en líneas más generales y dentro de las limitaciones de espacio, el conjunto de factores externos e internos que culminó en el golpe de Estado (de nuevo tipo) y, como consecuencia, en un vuelco en la política exterior, así como el nuevo sentido que ésta asume en la región.

Como factores determinantes de la situación condicionante (ámbito externo) se identifican: por un lado, la influencia del agravamiento de la crisis económica mundial en la economía de Brasil -principalmente como consecuencia de la caída de los precios

de las commodities-; y, por otra parte, el cerco tramado por el imperialismo, que acabó siendo revelado por los cables de Wikileaks y por Edward Snowden (NSA). Tal situación condicionante fue fundamental para que se produjera una recomposición de los intereses dominantes externos con los internos, ajustándose la dinámica de la crisis de acumulación capitalista mediante un reacomodo en la dominación burguesa. En otras palabras, las nuevas limitaciones externas estrecharon los límites del ensayo neodesarrollista de los gobiernos Lula da Silva y Dilma Rousseff, lo que -combinado con los intereses de sectores internos que no estaban en el control directo del poder Ejecutivo (o al menos no estaban con el control pleno)- concluyó en una rearticulación de la dominación burguesa.

Con todo, la estructura dependiente de Brasil -el ámbito interno de la articulación- da señales claras de introducirse, a grandes pasos, en un nuevo período. En un primer momento, esto puede ser visto como una recuperación del neoliberalismo de la década de 1990 (con más intensidad), pero, en realidad, se manifiesta en un nuevo escenario: en particular, una crisis económica mundial -inclusive en el centro del sistema capitalista- con fuerte impacto sobre las democracias burguesas. La limitación impuesta por la crisis y el cerco externo fueron las señales para que la burguesía rentista integrada al capital financiero (y la burguesía que controla los medios de comunicación, aunque aquí de forma intercalada entre las pocas familias y en diferentes intensidades) iniciara el proceso de destitución de Dilma. Proceso que terminó atrayendo a otras porciones de la burguesía interna (amplios sectores del agronegocio y la industria), y contó con el soporte político-ideológico de la pequeña burguesía y de los sectores radicalizados de la extrema derecha. Esta ofensiva, que todavía está en proceso, es la responsable por el cambio en el alineamiento internacional de Brasil y por la reorientación del país hacia las necesidades del centro hegemónico del sistema capitalista, particularmente de los Estados Unidos.

De acuerdo con André Gunder Frank (1978), cuanto más próxima, intensa e imbricada sea la relación metrópolis-satélite, más subdesarrollo será generado, con el fin de satisfacer los intereses metropolitanos y las voluntades locales ligadas a estos. Con todo, es también posible que suceda lo contrario, desarrollando posibilidades para el fortalecimiento de una burguesía con intereses vinculados a la producción interna o, al menos, con una mayor autonomía en relación a la metrópolis: aunque sea temporariamente.

A este respecto, lo que se puede esperar de Itamaraty en el post-golpe es el retorno de una política exterior que prioriza al máximo una inserción subordinada a los países hegemónicos, acelerando el proceso de reprimarización de la economía. El Mercosur -en calidad de unión aduanera-, la Unasur, la proximidad con la ALBA, el BRICS y otros bloques de integración regional que permiten el fortalecimiento brasileño y regional frente a las pautas más agresivas del centro hegemónico; todos van a perder intensidad y se deshidratarán. Frente a este escenario, es posible afirmar que la “orden de los caballeros descalzos” está de vuelta.

On the other hand (para irse aclimatando a los nuevos rumbos recomendados por Itamaraty), la PEB deberá recrudecer sus relaciones con los países de la región que no practican una política económica neoliberal. Al mismo tiempo, las dificultades internas impuestas por la reconfiguración de la doble articulación y de la profundización de la dependencia, como también por la crisis y por la propia superexplotación del trabajo, podrá ser compensada mediante una mayor aproximación con los países de la Alianza para el Progreso y con tratados bilaterales, expandiéndose de manera más contundente (truculenta) hacia los vecinos. No es este el lugar para definir si se tratará de una nueva forma de subimperialismo, tal cual lo formuló Ruy Mauro Marini; pero ciertamente los espacios de autodeterminación de los pueblos de América Latina, siempre muy reducidos (incluso por algunas acciones de los gobiernos de Lula y Dilma), deberán ser todavía más limitados.

En suma, ya se comprueba una fuerte tendencia de reversión en la “doctrina de Chico Buarque” que, en campaña para Dilma Rousseff, sintetizaba este período de mayor autonomía en Política Exterior diciendo que el Brasil del período Lula no hablaba ni suave con los Estados Unidos, ni fuerte con Bolivia y Paraguay.

BIBLIOGRAFÍA

AMARAL, Marina (2016): "Jabuti não sobe em árvore: como o MBL se tornou líder das manifestações pelo impeachment". In: Por que gritamos golpe? Para entender o impeachment e a crise. Org. JINKINGS, Ivana; DORIA, Kim; CLETO, Murilo. São Paulo: Boitempo.

BAMBIRRA, Vania (2012): *O capitalismo dependente latino-americano*. Florianópolis: Insular.

DOS SANTOS, Theotônio (1978): *Imperialismo y Dependencia*. México D.F.: Ediciones Era.

_____ (2011): "A estrutura da dependência". Revista Soc. Bras. Economia Política. São Paulo, n. 30, p. 5-18, out.

EAGLETON, Terry (2009): *Ideologia. Uma introdução*. São Paulo: Editora da Universidade Estadual Paulista: Boitempo.

FERNANDES, Florestan (2014): *A revolução burguesa no Brasil: ensaio de interpretação sociológica*. São Paulo: Globo.

FIORI, José Luís (2007): *O poder global*. São Paulo: Boitempo.

FRANK, André Gunder (1978): *Capitalismo y Subdesarrollo en America Latina*. México: Siglo XXI.

MARINI, Ruy Mauro (1982): *Dialéctica de la dependencia*. México D.F.: Ediciones Era.

_____ (2012): *Subdesenvolvimento e revolução*. Florianópolis: Insular.

MARX, Karl (2007): *A ideologia alemã*. São Paulo: Boitempo.

QUIJANO, Anibal (2014): "Dependencia, cambio social y urbanización en Latinoamérica". In: Cuestiones y Horizontes. De la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder. Buenos Aires: CLACSO.

VALÊNCIA, Adrián Sotelo (2008). *Teoria da Dependência e desenvolvimento do capitalismo na América Latina*. Londrina: Praxis.